

# Ceremonia de entrega de medallas y diplomas de reconocimiento como socios Vitalicios

15 de junio de 2022



CL Julio Alberto Covarrubias, CN Gustavo Leopoldo Ottogalli y CL Andrés R. Di Vincenzo, principales autoridades del Centro Naval

Como es costumbre durante la celebración del aniversario del Centro Naval, tiene lugar la entrega de reconocimientos a los nuevos socios Vitalicios. Los tiempos de pandemia hicieron que, durante dos años, no pudiera realizarse esta reunión en tiempo y forma. Por ello, se decidió recuperar las ceremonias de 2020 el 4 de mayo y de 2021 el 15 de junio, con características similares.

El Secretario del Centro Naval, Capitán de Navío Mario Carranza Hortelup, hizo uso de la palabra y se refirió al origen de la Institución, los ideales y los objetivos que movilizaron a un grupo de jóvenes y pujantes oficiales de Marina a fundar un espacio de encuentro y de difusión de conocimientos apuntados a jerarquizar la conducción naval. Dichos

conceptos quedaron grabados a fuego en el acta de fundación, que es terminante en cuanto a los objetivos de la nueva entidad: “Mantener el espíritu de cuerpo entre los Oficiales de la Armada y concluir para siempre con las emulaciones mezquinas que retardan el adelanto de la Marina”.

En esta oportunidad, los encargados de la entrega de presentes fueron el Presidente del Centro Naval, CL Julio A. Covarrubias; el Vicepresidente 1.º, CN Gustavo L. Ottogalli y el Vicepresidente 2.º, CL Andrés R. Di Vincenzo.

El señor socio Vitalicio Rafael Emilio Basualdo Lebraud, presidente de la Promoción 99, dirigió unas palabras en representación.



El CN Mario I. Carranza Horteloup, Secretario del Centro Naval, moderó la ceremonia.



El Coro del Centro Naval entonó el Himno Nacional Argentino, dirigido por el maestro Daniel Saito



## Discurso del presidente de la AP99 en representación de la P99 de Comando y P57 de Intendencia de la ENM, CC (R) Rafael Basualdo

Un 4 de mayo de 1882, don Manuel García y Mansilla (primer presidente del Centro Naval) expresaba: «¿Qué mayor satisfacción puede sentir un Oficial que la de verse apreciado y estimado por sus hermanos de armas? Inspirarles confianza, conciliar su amistad, ¡estas son cosas que llenan el alma!».

Y parafraseándolo, decía: «Este sendero original marcado por nuestros fundadores se ha mantenido incólume a lo largo del tiempo, y estamos dispuestos a seguirlo para que la dignidad de ser Oficial de Marina no tenga jamás que sufrir ni la más insignificante desgarradura».

Queremos que el Gobierno y el país sepan que tienen marinos de guerra dignos de llevar tan distinguido y honroso uniforme y que, prosiguiendo en el trabajo y en el deber, den glorias a la patria tanto en la paz como en la guerra.

Este fue su legado.

Todos estos años, hemos trabajado para ser dignos herederos de él, y podemos ratificar que, con apenas cincuenta

años como socios de aquel compromiso inicial, lo hemos logrado, y siempre fue con esfuerzo y generosidad.

Fueron años incansables de trabajo y de capacitación intensa en el uso de los medios que la nación depositó en nuestras manos, para el cumplimiento de nuestra misión, confiando en la sabiduría adquirida para su correcto empleo.

Sucesos que pasaron a la velocidad de nuestros tiempos y que nos permitieron conocer la vastedad del mar y tener un respeto hacia la naturaleza en su más pura esencia.

Tiempos de paz, tiempos de guerra, vidas comprometidas en la defensa de ideales, muchas veces no comprendidas por la misma sociedad que nos engendró y pagadas con la libertad física, pero nunca con el espíritu doblegado; nos hemos mantenido inhiestos ante la adversidad, y este es el mensaje que nos inculcaron desde siempre y para siempre en nuestra querida Armada.

El inefable paso del tiempo acercó a la diestra de Dios Todopoderoso a nuestros queridos Dani, Armando, Luis y Oscar, entre otros, pero aquel espíritu y mandato original de conocernos más y mejor sigue siendo cumplido íntegramente por todos y cada uno de los que preservamos intacto el valor de la amistad y el afecto.



El CN Gustavo L. Ottogalli entrega la medalla al CN Fernando Ledesma



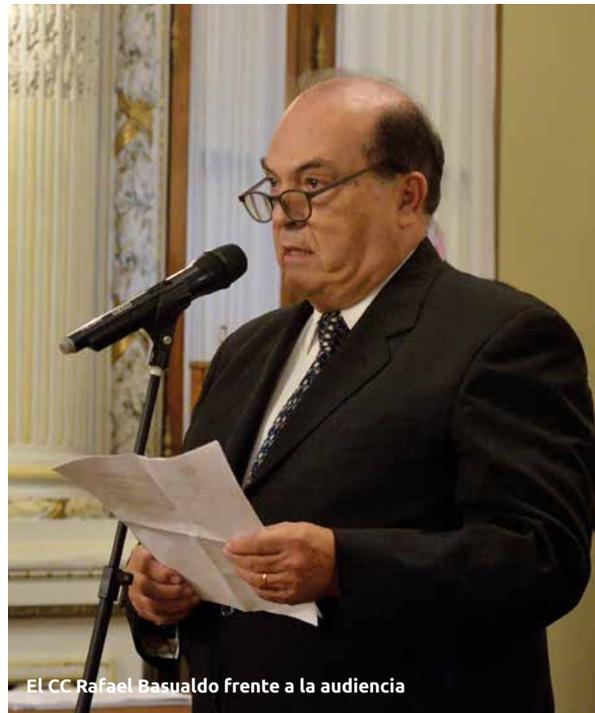
El CN VGM (R) Oscar D. Cabral recibe la medalla de manos del CL Andrés R. Di Vincenzo.

El Centro Naval, nuestro Centro Naval, sirvió no solo como un amarradero franco donde pudimos expresar nuestras ideas y sueños, sino que también fue el faro para el desarrollo y la práctica de actividades deportivas, culturales, profesionales, de convivencia y de ayuda familiar.

Sabemos que estamos pasando, como nación, por un período de profundos cambios que requieren, de nuestra parte, una visión clara de futuro, el convencimiento individual del compromiso para lograr el éxito pretendido, la preservación de los valores morales como sociedad y, por sobre todo, nuestra propia capacidad de entrega por el amor hacia nuestra querida patria.

Entre estas paredes crecimos, lloramos, amamos y fuimos y continuamos siendo felices y plenos, no solo con el compromiso de ser mejores personas para todos nosotros, junto a camaradas y héroes, sino también con la firme certeza de poder contribuir desde nuestra posición a tener un mejor país para nuestros hijos.

Fueron jóvenes los que pensaron este Centro Naval, y es joven el espíritu de quienes seguiremos el camino por ellos marcado.



El CC Rafael Basualdo frente a la audiencia

Por estos cincuenta años, Promoción 99 y Promoción 57, lutes queridos, *Vitam Alit Honor*.

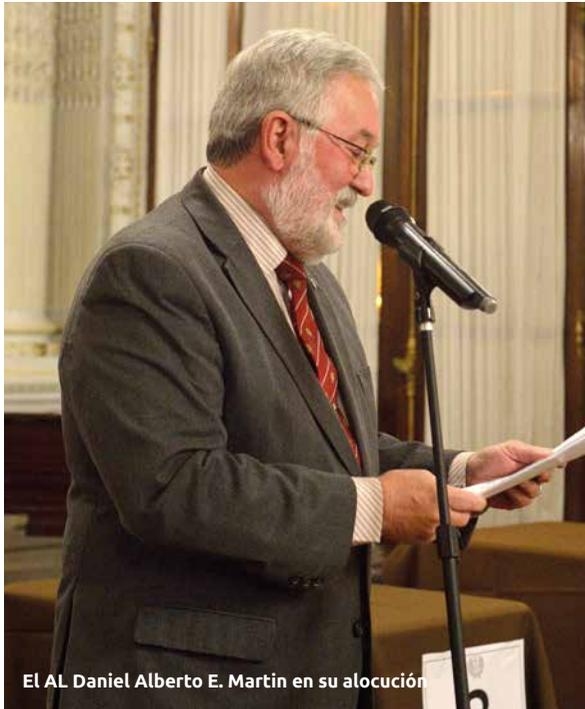
De acuerdo con lo establecido por los Artículos 21 y 25 del Estatuto, fueron reconocidos como socios Activos Vitalicios y como socios Adherentes Vitalicios a quienes hayan cumplido cuarenta y cinco (45) años ininterrumpidos como socios Activos o Adherentes, respectivamente.

El señor socio Honorario del Centro Naval, Almirante VGM (R) Daniel Alberto Enrique Martín, tomó la palabra representando a los alcanzados por esta categoría.

El vino de honor, en el Salón Sarmiento, sirvió de festejo y cierre de esta singular conmemoración.

### Palabras de agradecimiento en representación de la Promoción 104 por parte del AL Daniel A. E. Martín

Señor Presidente del Centro Naval, miembros de la Comisión Directiva, señores integrantes de la Promoción 99 y la Promoción 57 de Intendencia de la Escuela Naval Militar y socios que alcanzaron las bodas de oro en la Institución, camaradas de la Promoción 104 y la Promoción 62 de Intendencia, flamantes socios vitalicios, estimados socios de la Institución, señoras y señores, amigos y familiares de quienes hoy estamos presentes en este magnífico salón Almirante Brown:



El AL Daniel Alberto E. Martín en su alocución

En primer lugar, deseo agradecer a las autoridades del Centro Naval la oportunidad que nos brindan, tanto a los integrantes de la Promoción 104 como a otros socios que en el día de hoy recibiremos la certificación de nuestra continua permanencia durante cuarenta y cinco años como socios activos del Centro Naval, de poder estar reunidos en este extraordinario salón Almirante Brown y de compartir con nuestros familiares, camaradas y amigos esta tradicional ceremonia.

Ayer nomás —cuando la mayoría de quienes hoy alcanzamos la condición de «vitalicios»—, el Almirante Pedro Vago, presidente de la Institución, y su Comisión Directiva nos reunían a bordo de la fragata ARA *Libertad* al regreso de nuestro viaje de instrucción (diciembre de 1975) y nos invitaban a hacernos socios activos de este señero club de oficiales... Eso sí, había que firmar antes de desembarcar (eran otros tiempos...).

Y hoy, aunque ya haya pasado algún tiempo, ciertamente queremos empezar por darle las gracias a nuestro primer presidente del Centro Naval por habernos concedido, desde aquel comienzo, la posibilidad de reunirnos en sana camaradería con otros miles de socios y, además, de sencillamente habernos brindado la inestimable oportunidad de pertenecer.

Hoy aquí estamos, disfrutando nuevamente de estas magníficas instalaciones construidas en 1914 para cobijar a los socios que unas décadas antes habían dado el puntapié inicial a una agrupación que impulsaría el adelanto y flo-

recimiento de nuestra Marina de Guerra en los comienzos del siglo xx.

Y entonces, cómo no volcarnos de lleno a algunos de los recuerdos que hemos atesorado en estos jóvenes cuarenta y cinco años.

Entre ellos, surgen las actividades que desarrollamos mayoritariamente en un comienzo de nuestra carrera, personal y familiarmente, en las instalaciones de la Delegación de Puerto Belgrano, que nos ha permitido disfrutar de un merecido descanso y esparcimiento retirando un libro de su biblioteca (en aquellos tiempos antediluvianos en que no teníamos internet ni wi-fi) o de un discreto asado en su quincho, entre amigos y familiares, que normalmente se efectuaban a comienzos de mes, cuando nuestros haberes lo permitían.

Creo que nadie puede olvidar las primeras reuniones de promoción que realizamos en su salón de fiestas o los magníficos almuerzos de fin de semana en el comedor de la Delegación: abundantes, riquísimos y económicos.

Tampoco creo que nos hayamos olvidado de cuando acudíamos presurosos, después de la primera quincena, a golpear «la reja» para tratar de llegar lo mejor posible a fin de mes, sin remordimientos de lo que sucediera en la boleta de haberes del próximo.

Y si hablamos de la zona, recordemos la gran alegría que a todos nos causó poder disfrutar, desde mediados de 1989, de la casa de Rondeau, bajo la presidencia del Capitán de Fragata Ricardo Ochoa. Allí, sin tener que hacer esos «largos viajes» hasta la Base Naval Puerto Belgrano (que obviamente hacíamos todos los días), podíamos reunirnos tanto para enrolarnos en un largo tutecillo como para festejar algún evento familiar en su quincho, o también para disfrutar de alguna de las conferencias que se daban en sus instalaciones, que hoy se han agrandado y permiten disfrutar al aire libre de un estupendo descanso y esparcimiento en su anexo deportivo.

En relación con las «nacientes» delegaciones, permítanme alguna confesión autorreferencial al comentar la alegría que nos provocó a todos los socios destinados en Mar del Plata cuando, también, casi a fines de la década del ochenta, se creó en aquella ciudad un lugar destinado a todos los socios. Allí podíamos llevar a nuestros hijos a jugar en la canchita de fútbol o en la playita en el verano, o tal vez simplemente festejar sus cumpleaños en el quincho, con la seguridad y la tranquilidad que el lugar nos brindaba y que, hasta ese momento, no teníamos. Hoy las instalaciones nos ofrecen mucho más de lo que poseíamos en aquellos comienzos y, gracias a Dios



El CN VGM (R) Fernando Amorena junto al vicepresidente 1.º del Centro Naval

(y a quienes han integrado las diferentes comisiones), podemos seguir disfrutándolas.

Y si queremos traer a nuestra memoria los antiguos anexos, las sedes de Olivos y de Tigre nos han permitido (y nos siguen permitiendo) disfrutar también del deporte y del magnánimo descanso ¿O alguno todavía se ha perdido la posibilidad de acceder a una de las tantas parrillitas que nos convocan los fines de semana? ¿O quién no ha «lagarteado» en una reposera al sol o bajo un árbol añoso en cualquiera de las dos sedes? Qué decir de los audaces deportistas que, a pesar de peinar canas (los que aún pueden), siguen despuntando su vicio haciendo una gambeta en alguna de las canchas de fútbol o raqueteando en las tantas canchas de tenis que se nos ofrecen, o de aquellos bravos nautas que siguen ajustando el velamen en una de las tantas regatas organizadas por el club o bogando sin descanso por el río Luján y sus alrededores.

¡Tantas cosas seguimos disfrutando de esta maravillosa Institución! Como el uso del hotel que, en algunas ocasiones, es cierto, nos ha traído algún enojo, pero que la mayoría de las veces ha estado pronto a recibir al socio que desde lejos tiene que asomarse a esta gran metrópoli.

Y como algunas de las cosas pasadas que ya no existen, no quiero olvidarme de mencionar las comodidades que el Centro Naval nos pudo brindar (allá lejos y hace tiempo) a quienes pasábamos por alguna comisión o destino circunstancial en Ushuaia. Me parece que varios de los que aquí estamos reunidos recordarán el hotel de Monte Gallinero, en Ushuaia, al cual podíamos acudir (y acudimos) para alojarnos con nuestras familias mientras disfrutábamos de nuestra labor en aquellas latitudes.



El Presidente del Centro Naval junto al CN VGM (R) Eugenio L. Facchin

Un párrafo aparte amerita el *Boletín del Centro Naval*, creado desde un comienzo para difundir los escritos que pudieran ser útiles al progreso de la Armada y a expandir estos conocimientos en el seno de nuestra sociedad. Y si bien pareciera que solo me remito a hacer «marketing» sobre lo que nuestro Club nos ofrece, no creo que ninguno de nosotros pueda afirmar que nunca acudió a sus artículos para actualizarse, informarse o completar un trabajo académico en alguna de las Escuelas que supimos transitar durante nuestra carrera.

Ni que hablar de las veces que hemos accedido a la biblioteca del cuarto piso, creada desde el mismo momento de la fundación del Centro Naval como Biblioteca Nacional de Marina. Tal como decía antes, más de uno de nosotros seguramente la ha visitado (y visita) para acceder a alguna publicación que trate sobre historia naval o intereses marítimos, o a algún libro técnico, de esos que ya no se encuentran en las librerías, para consultar sobre algún tema difícil de hallar «googleando» en internet.

Y ya que hoy nos encontramos en este magnífico Salón Blanco, en realidad denominado Almirante Brown, que nos enorgullece ante cualquiera que lo visite, vale mencionar que siempre hemos tenido la oportunidad de disfrutar aquí de una excelsa conferencia o de un magnífico evento musical y, tal vez también, alguno de nosotros pudo culminar el día de su boda (o la de nuestros hijos) con una distinguida fiesta.

Sería muy injusto si no trajéramos a nuestro recuerdo el uso que le hemos dado al salón que se encuentra dos pisos más abajo, conocido como Salón Sarmiento o Salón de Fumar, que muchas veces nos ha cobijado para una charla entre compañeros o con algún invitado, para leer las noticias de los diarios, cuando aún internet estaba lejano

en nuestros lares y, sin delatar a nadie, para brindarnos el inevitable reposo (con alguna pesadez de ojos incluido) resguardándonos del frío en invierno, con algún cafecito que llegaba del bar, o del calor con el que esta colosal ciudad suele gobiarnos en el verano.

En este racconto, seguro que me he olvidado de muchos otros servicios y actividades que llevamos a cabo en cualquiera de sus instalaciones, tanto en el pasado como en nuestros días. Por favor, sepan disculpar mi débil memoria, ya que a veces no llega a evocar todo lo que realmente anhelaría.

A medida que fuimos avanzando en nuestras vidas, se fueron incrementando los integrantes de nuestras familias, con hijos y nietos que también pasaron a ser parte integrante del Centro Naval: en las colonias de vacaciones o la escuelita náutica, algunos otros han preferido iniciarse y volcarse al tenis, al fútbol o al rugby, y creo que la mayoría simplemente tan solo disfruta del sol y del verde y, por supuesto, de la pileta y la playa en el verano.

Si nos tenemos que referir a los vínculos alcanzados, el club, además, nos permitió acrecentar y afianzar nuestra amistad, no solo entre compañeros de promoción, sino también con integrantes de otras promociones y con muchos civiles que conocimos en varios de los rincones de nuestro Centro.

De este modo, el club —nuestro club— nos fue brindado la posibilidad de sentirnos cobijados en un sólido y cálido ambiente que nos sigue facilitando parte de nuestras vidas y de las de aquellos que nos rodean.

Por lo hasta aquí referido, pensamos que es justo brindarles un merecido reconocimiento a todos aquellos que han pertenecido a las Comisiones Directivas, los que más allá de sus aciertos u omisiones han permitido que esta Institución siga hasta el presente el trayecto que marcaron sus fundadores.

Esta evocación solo intentó transformar en sustancia los recuerdos, dejando esbozos de situaciones y de vivencias en un verdadero vértigo de imágenes que son, innegablemente, lo que la pertenencia a nuestro Club de Oficiales nos ha ido proporcionando a lo largo de los años. Hoy nos dedica un «mimo» más; hoy nos destaca como sus socios vitalicios.

Por ello, a veces nos preguntamos si realmente habremos sido consecuentes con lo soñado por aquel grupo



La inextinguible camaradería naval se congregó nuevamente en nuestras instalaciones

de jóvenes Oficiales que creó el Centro Naval un 4 de mayo de 1882. Y más allá de las lógicas dudas que siempre podemos tener, creemos que, en mayor o menor medida, quienes luego de cuarenta y cinco años aún mantenemos la sana camaradería en este Club de Oficiales hemos cumplido acabadamente con el lema adoptado y aún vigente de «Unión y Trabajo».

Quisiéramos reconocer, más allá de las facilidades que nuestra Institución nos brinda, la determinación permanente que sus diferentes Comisiones Directivas han tenido para tratar de mejorar la protección recíproca y el apoyo a aquellos socios y sus familiares que se encuentran en situación de detención prolongada.

Arribados a este punto y para finalizar, deseamos expresar un sentido reconocimiento a todos aquellos que hicieron posible que mantengamos nuestra pertenencia a la Institución, en particular, a todos sus socios, a los integrantes de las diferentes comisiones directivas, tanto del club en general como de aquellas en particular de cada una de sus sedes y delegaciones y, en especial, al personal de planta, puesto que seguramente sin ellos no podríamos haber disfrutado de todos los servicios que se nos brindan.

Simplemente, muchas gracias.

Que la protección de nuestra patrona del mar, la virgen Stella Maris, ilumine a todos ellos, a los aquí presentes y a sus familiares, y nos siga orientando en nuestras vidas y guiando en nuestro accionar.

Muchísimas gracias.

El brindis en el salón Sarmiento fue un magnífico cierre de la velada. ■